

# Elementos cognitivos y otros en el sistema de la personalidad

*Alfredo Fierro*

*Departamento de Psicología  
de la Personalidad.  
Universidad de Salamanca.*

Históricamente, en psicología comenzó a hablarse de personalidad a semejanza, por un lado, y a diferencia, por otro, de lo que en la investigación psicométrica anterior había sido el estudio de la inteligencia. Las teorías de la personalidad de mediados de siglo, teorías de rasgos, comparecieron con el propósito de referirse a un ámbito distinto, aunque afín y paralelo, del de la estructura de las aptitudes intelectuales. Eso está muy explícito en la obra de los grandes sistematizadores: en Cattell (1946, 1959, 1965); en Eysenck, cuando al hacer recopilación ya madura de su teoría, reúne en un volumen investigaciones sobre medición de la inteligencia y en otro las relativas a la medida de la personalidad (cf., respectivamente, Eysenck, 1973 y 1976). Está, asimismo, claro en la habitual clasificación convencional de los tests psicológicos en pruebas de personalidad y pruebas de inteligencia. Puesto que, por otra parte, la inteligencia constituye una cualidad o característica de procesos de naturaleza principalmente cognoscitiva, se compren-

de que durante mucho tiempo por personalidad se haya entendido un conjunto de estructuras, funciones y procesos de índole no cognoscitiva, sino más bien de contenido energético, dinámico, motivacional, emotivo, oréctico.

En los últimos tiempos han ido, en cambio, haciéndose cada vez más densas las interpretaciones cognitivas de la personalidad (Pinillos, 1967; Mancuso, 1970; Mischel, 1973, 1979; Forgas y Shulman, 1979; Crowne, 1979, cap. 8; Hamilton y Warburton, 1979; Cantor y Kihlstrom, 1981), preconizadas, además, en clara alternativa a la concepción anterior, en la que personalidad era justo todo aquello, en el agente, en el sujeto de conducta, que permanecía ajeno a la inteligencia y aún al conocimiento. Contemplado este giro, la impresión prevaleciente es la de que se ha producido un desplazamiento masivo de la psicología de la personalidad desde lo energético hacia lo cognoscitivo, y que la gran innovación en la psicología de la personalidad actual ha consistido en comenzar también ella a ser

psicología cognoscitiva, distanciándose así de su inmediato pasado.

La finalidad de este trabajo es mostrar, primero, que esa impresión prevaleciente no recoge bien la historia completa; para ello se reúnen algunos datos demostrativos de que el punto de vista cognitivo nunca estuvo ausente del todo de la psicología de la personalidad. Es también, después, poner de manifiesto los elementos nuevos, de psicología cognitiva, que, de todas formas, deben reconocerse sólo recientemente incorporados al estudio y teoría de la personalidad. Y es, en fin, comentar los límites de un entendimiento meramente cognitivo de la personalidad, advirtiendo sobre el empobrecimiento que significaría perder con ello ahora la consideración de sus componentes no cognoscitivos.

## 1. LA TRADICION COGNITIVA EN EL ESTUDIO DE LA PERSONALIDAD

Verdad es que durante mucho tiempo la teoría y psicología de la personalidad ha sido prácticamente equiparada con la teoría y psicología de rasgos o dimensiones. Verdad no menos es que las grandes sistematizaciones empírico-teóricas de estas dimensiones, las de Eysenck y Cattell, delimitaron el área de personalidad justo por su contraposición a la de inteligencia e, indirectamente, a la de las funciones cognoscitivas. Esto, no obstante, ni la psicología dimensional, de rasgos o de factores, ha sido en el pasado la única psicología de la personalidad, ni tampoco las únicas dimensiones por ella consideradas fueron las no cognoscitivas. En la psicología tradicional de la personalidad hay mucho más ingrediente cognitivo de lo que suele imaginarse o reconocerse; y lo hay al menos en tres de los diferentes aspectos, conjuntos o subsistemas que podemos estimar (cf. Fierro, 1983) inte-

grantes o definatorios del sistema de personalidad: el de las características diferenciales y estables de las personas, el de las conductas autorreferidas y el de los procesos de adaptación y afrontamiento del entorno.

### 1.1. Las dimensiones cognitivas de la personalidad

Dimensiones, factores o rasgos típicos de la psicología diferencial de la personalidad son, desde luego, el neuroticismo, la extraversión, la ansiedad, la afectotimia, la fuerza del yo, la necesidad de logro y otros análogos, de naturaleza predominantemente dinámica u oréctica, ajenos, en principio, a procesos, funciones o estructuras de carácter cognoscitivo. Conviene, con todo, recordar que en la época misma en que semejantes factores eran vistos como ejemplares típicos de variables de personalidad, otras variables diferenciales, otras dimensiones, justo de contenido cognoscitivo, eran ya objeto de investigación empírica y de formalización teórica.

Recordemos, pues, algunas de esas dimensiones cognoscitivas, prestando atención a la cronología de los comienzos de su respectivo estudio, casi siempre en fechas comprendidas dentro de lo que se supone haber sido edad de oro de la psicología dinámica, no cognoscitiva, de la personalidad. Y, para no distraernos de la cronología, sigámosla precisamente en su orden cronológico de aparición, aunque sea bajo la siempre controvertida convención de tomar un determinado trabajo, y no otro, como arranque de la correspondiente línea de investigación.

Según el orden cronológico, podemos convencionalmente aceptar que el primero de los estilos cognitivos diferenciales o de personalidad aparecido en la psicología científica ha sido el de independencia/dependencia de campo. Antes que de

un estilo cognitivo, se trata, en rigor, de un estilo perceptivo, diferenciador entre las personas ya en ese momento inicial del procesamiento cognitivo que es la extracción de información en el acto de percibir. Los primeros estudios al respecto, aparecidos a finales del decenio de los cuarenta (cf. Witkin, 1949; Witkin y Asch, 1948; Asch y Witkin, 1948), tienen que ver con la percepción de la verticalidad. En diferentes pruebas experimentales —de la habitación giratoria, de la silla móvil, de la varilla y el marco, de las figuras embebidas— los sujetos muestran diferir, primero, en el modo en que se guían por claves ya externas ya internas para percibir la posición de los objetos, y luego, con más generalidad, para percibir figuras destacándose respecto al campo en que se insertan. A lo largo de los años cincuenta, la dimensión de independencia/dependencia de campo fue explorada en otros momentos de procesamiento cognitivo, como la atención a estímulos sociales, la formación de conceptos y la solución de problemas, construyéndose, por tanto, como estilo cognitivo y no sólo perceptivo (Witkin, 1950, 1952, 1959; Witkin y otros, 1954, 1962). Desde entonces ha constituido el prototipo seguramente más claro de dimensión cognoscitiva diferencial de personalidad.

Aproximadamente por las mismas fechas, M. Rokeach (1948, 1951, 1954, 1960) presentaba y desarrollaba escalas e investigaciones para la medición de una familia de constructos pertinentes, ante todo, al ámbito psicosocial de las creencias, actitudes y valores, pero también, desde luego, con una sustancia cognitiva, puesto que presumen describir ciertas propiedades diferenciales características de la organización cognoscitiva de las personas: dogmatismo, rigidez mental generalizada, estrechez y clausura del pensamiento (cf. también Rokeach y Fruchter, 1956). Indudablemente más ligada a procesos complejos de pensamiento y a

creencias sociales, la dimensión de clausura mental posiblemente envuelve también diferencias personales ya en el momento perceptivo, como sugieren algunos estudios sobre su relación con la agudeza sensorial (Kaplan y Singer, 1963) y con la disposición misma a exponerse a nuevas experiencias sensoriales (Lee y Ehrlich, 1977).

De comienzos de los años cincuenta, aunque con antecedentes mucho antes, es la literatura sobre controles cognitivos: estructuras altamente estabilizadas, de indudable función adaptativa, y operativas en la organización de actividades cognitivas varias, principalmente de percepción, memoria y juicio (como presentaciones generales, cf. Klein, 1951, 1958; Gardner, 1959; Gardner, Jackson y Messick, 1960; Gardner y otros, 1959). Se trata de una familia de constructos, referidos, por un lado, a estructuras y funciones generalizadas en dichos procesos de conocimiento, y, por otro, a diferencias sistemáticas en ellos encontradas entre las personas: nivelación/agudización en la organización de secuencias de estímulo (Holzman, 1954; Holzman y Gardner, 1960; Gardner y Long, 1960), estrategias de focalización, escrutamiento o escrutinio (Gardner y Long, 1962), tolerancia y susceptibilidad a las ilusiones perceptivas (Klein y Schlesinger, 1951; Klein, Gardner y Schlesinger, 1962), flexibilidad/rigidez en el control de interferencias estimulatorias (Schlesinger, 1954), amplitud de la gama de equivalencia en la categorización de estímulos u objetos (Gardner, 1953; Gardner y Schoen, 1962). De estos controles, que son, asimismo, estilos cognitivos, quedan muy cerca algunos otros constructos dicotómicos cuyo estudio empieza muy poco después: el grado de diferenciación y organización jerárquica en que las personas difieren sobre el continuo de simplicidad/complejidad cognitiva (Bieri, 1955, 1961; Bieri y otros, 1966; Tripodi y Bieri, 1963); y la dimensión impulsividad/re-

flexión en el análisis perceptivo visual y en el enfrentamiento de situaciones problemáticas, estudiada principalmente por Kagan, 1966 (cf. también Kagan y Moss, 1962; Kagan, Moss y Sigel, 1963; Kagan y otros, 1964), en sus aspectos tanto diferenciales cuanto evolutivos.

Posteriores todavía, ya de un momento en que ha comenzado a agrietarse la compacta hegemonía de una psicología de rasgos dinámicos de personalidad, son los estudios diferenciales sobre dimensiones varias bajo el rótulo genérico de búsqueda de sensaciones y/o de estimulación: búsqueda de experiencias, de la aventura y del riesgo, desinhibición y gusto por la variedad, susceptibilidad a la monotonía y el aburrimiento (Zuckerman, Hopkins y Zoob, 1964; Zuckerman, 1971, 1974); y, mucho más abundantes (hay una lista de 300 títulos ya en Throop y Mac Donald, 1971), los estudios sobre percepción de lugar, interno frente a externo, de control (Rotter, 1966, 1975; Rotter y Mulry, 1965; Phares, 1968, 1975; Phares, Ritchie y Davis, 1968); constructos ambos evidentemente pertinentes al ámbito de los procesos cognitivos y de los modos en que los sujetos procesan la información.

Con ello llegamos ya a nuestros días. Como era de esperar, la tradición de estudio diferencial de dimensiones cognitivas de personalidad, tradición siempre preservada, aunque quizá en un segundo plano, durante la época hegemónica de los rasgos psicodinámicos, ha continuado viva en los últimos años, cuando han sido identificados, descritos y validados otros constructos ciertamente nuevos en cuanto a su particular contenido, pero análogos a los antiguos en la circunstancia de constituir dimensiones diferenciales de inequívoca naturaleza cognitiva: así, la de automonitorización, de Snyder (1974, 1979), relativa a la manera diferenciada en que los individuos prestan atención a la presentación de sí mismos y al rol propio

a través de cambiantes claves informacionales sobre las características y demandas del entorno; o la dimensión de tamizado, criba y selección de estímulos, estudiada principalmente por Mehrabian (1977, 1978).

Las dimensiones cognitivas así exploradas y teóricamente elaboradas no han sido objeto, sin embargo, de una sistematización doctrinal bajo el rótulo de teoría cognitiva de la personalidad. En eso permanecen dimensiones dispersas, aisladamente investigadas una a una, mas no sistematizadas. En el pasado, la sistematización del universo de rasgos, factores o dimensiones de personalidad se efectuó bajo el dosel de síntesis teóricas, como las de Cattell y Eysenck, fundadas sobre bases no específicamente cognitivas. La primera incorporación de elementos cognitivos a una síntesis teórica general de la personalidad —o, al menos y por el momento, a un boceto y tentativa de la misma— aparece en la teoría multifactorial sistémica (o sistemática) de Royce y otros (cf. Royce, 1973, 1981; Royce y Powell, 1981; Wardell y Royce, 1975), en la que rasgos de naturaleza cognitiva, junto con los de índole emotivo-afectiva, ocupan, en la organización jerárquica de las diferencias en personalidad, un rango o nivel intermedio de integración, por encima de los sistemas de valores y de estilos personales de vida. Esta teoría o alguna otra afín podría, desde luego, recoger y hacerse cargo del legado de la psicología diferencial de las dimensiones cognitivas de personalidad.

## 1.2. El concepto de sí mismo

Pertenecen también al cuerpo de conocimientos en personalidad legados por la psicología de mediados de siglo las investigaciones y teoría relativas al «self», al «sí mismo», entendido como autoconcepto, o más apropiada y detalladamente, como

conjunto de representaciones que la persona se forma acerca de sí misma.

Inicialmente fue Rogers (1951, 1959, 1961) quien con el mayor vigor llamó la atención sobre el papel y la importancia del concepto o representación de sí mismo. De las dos acepciones básicas que «sí mismo» ha conocido entre los psicólogos, como instancia agente o ejecutiva, y como objeto de autoconocimiento y autoevaluación del individuo (cf. Symonds, 1951; Rentz y White, 1967), Rogers se queda resueltamente con la segunda. El «self», para él, es sencillamente el concepto de sí mismo, el autoconcepto; y se trata de una estructura y contenido de naturaleza cognitiva, cuya influencia en la vida de las personas resalta en su ajuste a la realidad, una estructura, por lo demás, que juega papel decisivo en el curso de la psicoterapia al mismo tiempo que se ve modificada por ésta.

Pese a la importancia concedida en la teoría, ni Rogers ni sus discípulos inmediatos analizaron o desarrollaron con detalle la estructura del autoconcepto. Por todo análisis enuncian la distinción entre el sí mismo real, concepto que el individuo tiene acerca de lo que efectivamente es, y el sí mismo ideal, concepto acerca de lo que querría ser o se propone ser. La distancia de uno a otro define la autoaceptación de la persona, la cual, a su vez, estaría relacionada con el ajuste al medio. Principalmente mediante la técnica de la clasificación Q, la escuela de Rogers se aplicó a la medición de ambos autoconceptos, el real y el ideal, y a los cambios en su relación, en su correlación, como resultado de la psicoterapia (cf. el volumen coordinado por Rogers y Dymond, 1954); pero no procedió más allá de este somero análisis. Dentro de lo que genéricamente se presenta como autoconcepto, el contenido posteriormente mejor analizado y estudiado es el de autoestima (Coopersmith, 1959, 1967), que, a su vez, aparece como estructura cognitiva com-

pleja, no homogénea o unitaria. Para uno y otra se han propuesto muy variados procedimientos de evaluación, de los que no es posible dar cuenta aquí (véanse en Wylie, 1974, vol. 1).

La doble circunstancia de que el autoconcepto, así como también la autoestima, por una parte, haya sido presentado como estructura global, y por otra, sea operacionalizado, evaluado y medido por procedimientos muy diferentes, con los consiguientes resultados también distintos, ha dado origen a prontas críticas (Lowe, 1961; Crowne y Stephens, 1961), que pueden compendiarse así: los puntajes en autoestima (o en otro autoconcepto) obtenidos mediante escalas y técnicas diversas correlacionan sólo débilmente entre sí; cuando se operacionaliza con rigor, el autoconcepto pierde mucho de su relevancia teórica; y, cuando se le toma en su calidad de constructo central, resulta muy difícil, por no decir imposible, de operacionalizar.

No es posible aquí seguir el detalle de la entera historia de los métodos de investigación y de los contenidos investigados respecto al autoconcepto. Es una historia cuyo saldo metodológico y empírico —no muy positivo todavía a juicio suyo— está bien expuesto y enjuiciado en los dos volúmenes de la magna obra de Wylie (1974, 1979). A nosotros nos puede bastar ahora recordar que, desde premisas bien distintas de las de Rogers, fenomenológicas y personalistas, algunos estudiosos han investigado procesos concretos de autoconcepto o autoconocimiento, efectuando investigaciones experimentales a su propósito y elaborando las correspondientes teorías, en las que se destacan justo sus componentes cognitivos. Buen ejemplo de ello son la teoría —expresamente conductista— de la percepción de sí mismo, de Bem (1967, 1972), y la teoría de la autoconciencia o autoatención objetiva de Duval y Wicklun (1972, 1973; también, Wicklund, 1975). Ambas cons-

tituyen teorías regionales cognitivas de la personalidad, en la medida en que ambas desarrollan conjuntos de hipótesis relativos a las leyes que rigen ciertos procesos cognitivos (respectivamente, autopercepción y autoconciencia) del subsistema de personalidad consistente en los procesos conductuales autorreferidos, inmanentes al agente.

La revisión que del concepto de sí mismo ha hecho Epstein (1973) destaca que el autoconcepto es, en rigor, una autoteoría que los individuos mantienen acerca de sí mismos para asimilar los datos de la experiencia y optimizar el balance placer/dolor. Con ello subraya sus perfiles cognitivos: el sí mismo es ahí no sólo una variedad de autoconocimiento, sino una verdadera teoría espontánea, acaso implícita, un cuerpo de conocimientos, de hipótesis, de enunciados que la persona tiene acerca de ella misma. Entre las funciones de esta autoteoría, menciona justamente Epstein la de asimilar y construir (podríamos añadir: procesar) las experiencias nuevas que atraviesa la persona. En parecida línea, y prolongándola, el análisis que de esa misma estructura efectúa Greenwald (1980) en términos de «yo», de un «yo» al que califica de «totalitario», resalta otros aspectos igualmente cognitivos del subsistema del yo, sí mismo o personalidad: el autoconcepto ostenta toda clase de semejanzas con esos sistemas representacionales que son las ideologías y, en particular, las ideologías autoritarias; «yo» es un personaje que hace historia y memoria de sí mismo, buscando en todo momento su enaltecimiento propio, viéndose invariablemente en el lugar central de protagonista de los hechos y también autojustificándose siempre para poder mantener y elevar la propia autoestima mientras preserva su identidad personal.

En este doble y complementario análisis, de Epstein y de Greenwald, la conceptualización del «self» coloca renovado

énfasis, en su naturaleza cognitiva, al tiempo que lo enmarca en el bastidor de la teoría de la personalidad. Los dos análisis, además, coinciden en desentenderse de los aspectos psicométricos y diferenciales del autoconcepto, y en desentrañar sus aspectos funcionales, adaptativos u otros, reintegrándolo así al punto de vista de su lugar en los procesos conductuales básicos y, por tanto, al de una psicología general del agente, del sujeto de conducta.

La investigación y teoría psicológica sobre el concepto de sí mismo brinda, pues, el cabo de otro ovillo con que tejer hoy una psicología cognitiva de la personalidad que quiera conservar lazos con el cuerpo de conocimientos recibidos. En ella hay el núcleo, cuando menos, de una teoría, si no general, sí ciertamente regional de la personalidad entendida como sistema cognitivo.

### 1.3. Componentes cognitivos en los procesos dinámicos

En el pasado y en el legado de la psicología hay aún otras líneas de investigación y de teoría que adelantan posiciones y elementos para una psicología actual de la personalidad de orientación cognitiva. Así, en la psicología de los constructos personales, de Kelly (1955, 1963), formalmente propuesta como una teoría de la personalidad, la personalidad justo se define por el sistema singular de constructos con que el individuo construye su mundo, ordena experiencias, anticipa acontecimientos y categoriza sus relaciones con las personas significativas de su entorno. O también, aunque ésta ya no se presente como una teoría de la personalidad, en la psicología evolutiva de Piaget (para su relación con otras orientaciones cognitivas, cf. Delval, 1978), al centrar el estudio del desarrollo humano en las estructuras y etapas cognitivas, por contraste al interés de Freud en los pro-

cesos y estadios de la libido, contamos con abundante material empírico y conceptualización teórica de indiscutible relevancia para una psicología cognitiva de la personalidad.

Más derechos aún a nuestro tema van análisis e investigaciones en que fenómenos o procesos dinámicos, orécticos, de motivación, de emociones, son refundidos en el molde de interpretaciones cognitivas. Algunos motivos, por de pronto, tienen evidente contenido cognoscitivo. Es el caso del grupo de motivos relacionados con la curiosidad, la orientación, la búsqueda de estímulos, la conducta exploratoria y la actividad investigadora en los animales y en el hombre. Puesto que estamos haciendo acopio de materiales de ayer para una psicología de hoy de la personalidad como sistema cognitivo, advertamos, una vez más, que los primeros estudios al respecto tienen ya una respetable antigüedad (Berlyne, 1950, 1954, 1960, 1966; Montgomery, 1951, 1953, 1954; Dember y Earl, 1957). Desde luego, no por fuerza dichas conductas han de ser referidas a conceptos motivacionales, de necesidad o impulso, pero buena parte de la literatura pertinente (cf. también el volumen de Harvey, 1963) coincide en efectuar tal interpretación, que entonces, y a través de los conceptos motivacionales, redundan en la explícita consideración de ciertas energías del sistema del agente, de la personalidad, como dirigidas a actividades específicamente cognoscitivas. Lo mismo vale para las investigaciones y teoría de la disonancia cognitiva: aunque no necesariamente ligadas a una interpretación motivacional, de hecho, en su planteamiento originario (Festinger, 1957; Zajonc, 1968), incluyen esta interpretación; y quizá justo por ella puede la teoría de la disonancia cognitiva hallarse catalogada y descrita en algunos manuales (así, Geiwitz, 1969, y, hasta cierto punto, Maddi, 1968) como una teoría de la personalidad.

Hablar de motivos o impulsos de curiosidad, de exploración, de investigación, de reducción de la disonancia cognitiva, no es, en principio, más que señalar unos contenidos concretos, entre otros, de la dinámica motivacional. La interpretación cognitiva es más radical cuando el análisis concierne no a unos particulares contenidos, sino por entero a alguno de los sistemas de la personalidad. Así sucede en la teoría de la emoción propuesta por Mandler (1962), de acuerdo con un modelo de «juke-box», en el que postulan dos momentos en la producción de la emoción: el primero semejante a los mecanismos desencadenados por la inserción de la moneda en la máquina musical, momento correspondiente a la activación visceral; y el segundo parecido a la pulsación de la tecla para seleccionar la melodía. En este último sería determinante la situación estimular, lo que muy bien, a su vez, cabe entender como introducción de un componente cognitivo, de procesado de la estimulación, en la determinación y génesis de concretas emociones. La naturaleza cognitiva de este componente acaso está aún más clara en las investigaciones de Schachter y otros (Schachter y Singer, 1962; Schachter y Wheeler, 1962), en las cuales la experiencia de una emoción determinada resulta depender, conjuntamente, de claves viscerales genéricas y de la interpretación realizada por los sujetos, interpretación críticamente dependiente de la información para ellos disponible. Aquí nos encontramos, en el corazón mismo de los fenómenos orécticos, en la emoción, con una teoría cognitiva hace más de veinte años formulada.

Existe aún otra línea teórica y de investigación conducente a una psicología cognitiva de la personalidad. Es la que, a propósito de procesos cognitivos cualesquiera, de percepción, de memoria, de formación de conceptos, pregunta e indaga acerca del sujeto de tales procesos.

Ejemplar de esta pregunta es la planteada por Klein y Schlesinger (1949): «¿dónde está el perceptor en la teoría de la percepción?» La investigación sobre controles cognitivos, ya referida anteriormente, es en amplia medida deudora de ese planteamiento. Pero la misma pregunta puede hacerse y ha sido hecha respecto a otros procesos cognoscitivos. De manera sistemática, en su amplia obra sobre psicología del pensamiento, Bourne, Ekstrand y Dominowski (1971) han dedicado sendos capítulos al solucionador de problemas y al sujeto que forma conceptos. A su vez, el análisis de las estrategias de los sujetos al formar conceptos o al enfrentarse a problemas nos lleva a diferencias interindividuales, también ya referidas anteriormente, bajo la rúbrica de estilos cognitivos.

## 2. PSICOLOGIA DE LA PERSONALIDAD BAJO LA «REVOLUCION COGNITIVA»

Vista la pertinaz presencia, sí como la abundancia y variedad de elementos cognitivos en la más tradicional psicología de la personalidad, no ha de sorprender que ahora se hable mucho de una psicología cognitiva de la personalidad. Si acaso, más bien, cabe preguntarse si en ella puede haber realmente algo nuevo bajo el sol. Los elementos tradicionales comentados dan de sí, desde luego, para una completa y desarrollada teoría cognitiva de la personalidad.

Sin embargo, y por otra parte, solamente en la década de los setenta, y en correspondencia con el generalizado desplazamiento del interés de los psicólogos hacia los procesos cognitivos, aquellos elementos han llegado a quedar organizados en propuestas formales de teorías cognitivas de la personalidad. Lo que hay de nuevo, pues, es, ante todo, el hecho de que el cuerpo de investigaciones en esti-

los cognitivos de las personas, en estructuras de autoconcepto y autoestima, o en otros procesos cognitivos de personalidad, hayan pasado de una cierta posición más bien marginal a un lugar central; y que, alrededor de eso, estén creciendo bosquejos de teorías alternativas a las psicodinámicas, psicoenergéticas y orécticas, antes prevalecientes. Y no sólo organización o sistematización; hay, además, algunos elementos del todo o relativamente nuevos, nada o poco presentes en la psicología anterior, que confieren un particular perfil a las contemporáneas concepciones cognitivas de la personalidad. Estas pueden ordenarse, con fines de exposición, en cuatro diferentes categorías: concepciones vinculadas a la teoría del aprendizaje social, revisiones de los conceptos motivacionales en términos cognitivos, modelos de procesamiento de la información, simulaciones en computadora.

### 2.1. Teorías cognitivas y del aprendizaje social

Un primer conjunto de conceptualizaciones cognitivas de la personalidad se agrupa alrededor de la «social learning theory». No hace falta recordar aquí en detalle cómo esta teoría, cuya raíz y tronco está en el conductismo, acabó desgajándose y apartándose de él. Baste con señalar el importante hito de los *Principles*, de Bandura (1969), reconociendo eficacia determinante de conductas a los procesos simbólicos, cognoscitivos y conscientes. Al resaltar que estos procesos no se limitan a ser meramente transmisores de una determinación originada en la estimulación y situación externa, y que poseen una eficacia o poder de determinación propios (cf. también Bandura, 1971), aquella teoría se separa resueltamente del conductismo (como bien lo han advertido y se lo han reprobado autores de obediencia conductista estricta).

ta: Wolpe, 1978) y sienta las bases de una psicología no conductista de la personalidad, que va a ser, ante todo, psicología cognitiva. Las hipótesis sobre el determinismo recíproco entre personalidad, situación y conducta, y sobre la autoeficacia en el sistema del sí mismo del agente, del propio Bandura (1977, 1978, 1980), dan siempre por sobreentendido e implican inequívocamente que «personalidad» o «self» es tanto como sistema de cogniciones; principalmente de cogniciones de autoobservación y autoevaluación (así, en Bandura, 1978), pero también de expectativas sobre la propia eficacia y sobre los resultados efectivos de la conducta (así, en Bandura, 1977).

En confesada relación con la teoría del aprendizaje social, y en también declarada tentativa de trascender la controversia situacionismo/teoría de rasgos, Mischel (1973, 1979) ha trazado el croquis de una psicología cognitiva de la personalidad. Concretamente propone centrar el análisis de la personalidad, de su estabilidad, de su interacción con las situaciones, en algunas variables personales de naturaleza esencialmente cognitiva: competencias cognoscitivas y conductuales de los individuos, estrategias de codificación de la información estimular y constructos personales, expectativas referidas a los resultados de la conducta y a las secuencias de eventos de estímulo, valores y preferencias subjetivas referentes a incentivos o refuerzos y a estímulos aversivos, sistemas autorreguladores y planes de acción. Todas y cada una de estas clases de variables están en la anterior investigación y teoría psicológica. La novedad, la originalidad de Mischel reside, primero, en poner juntas variables que cabe posiblemente referir a concepciones tan diversas como la de Tolman (1951, 1959) sobre las expectativas y matrices de valor, de Kelly (1955, 1963) sobre los constructos personales, y de Miller, Galanter y Pribram (1960) sobre los planes de conducta; resi-

de también en traer estas variables cognitivas —estudiadas en principio— por una psicología general, una psicología de procesos básicos al terreno de la psicología de la personalidad.

Las investigaciones empíricas del propio Mischel y colaboradores suyos han atendido, sobre todo, a los aspectos sociales, de percepción y relación interpersonal, en esta teoría cognitiva de la personalidad que no en vano es, a la vez, teoría del aprendizaje social. En particular, se han aplicado a indagar el modo en que unas personas perciben, clasifican, califican, construyen e interpretan el comportamiento, estado de ánimo e intenciones de otras personas en determinadas categorías, estereotipos, taxonomías (Cantor y Mischel, 1977, 1979; Cantor, 1981; Cantor y Khilstrom, 1981). Es un enfoque relacionado no sólo con la psicología de los constructos personales, sino también con otros temas tópicos en la psicología social de la personalidad, tales como percepción de personas (Asch, 1946; Tagiuri, 1969; Tagiuri y Petruccio, 1958), teoría implícita de la personalidad (Schneider, 1973; Rosenberg y Sedlak, 1972), atribución de rasgos y análisis de las relaciones al respecto entre el individuo observador y el actor observado (Jones y Nisbett, 1971; Nisbett y otros, 1973; Ross, 1977), y muy deudor, además, del análisis desarrollado por Rosch (1978; Rosch y Mervis, 1975; Rosch y otros, 1976) de la formación de categorías como agrupamientos de objetos que muestran un «aire de familia» con un prototipo que sirve de punto de referencia central.

La nota acaso más sobresaliente de este enfoque es que examina las teorías científicas de la personalidad —las psicodinámicas, las de rasgos u otras— con la misma lente e iguales instrumentos de análisis con que se aplica a aquellas categorías y teorías espontáneas, privadas, implícitas, sobre la personalidad, que forman parte de nuestras representaciones

cotidianas en la experiencia social. Es, en eso, una meta-teoría de la personalidad, una teoría sobre teorías, cuyo foco de conveniencia es toda clase de constructos, inferencias, evaluaciones e interpretaciones acerca de personas, de personalidad, tanto en el conocimiento interpersonal ordinario, cuanto en el conocimiento de ciencia propio de la psicología.

## 2.2. La interpretación cognitiva de la motivación

Otra significativa línea de acercamiento cognitivo a la personalidad procede, ante todo, como interpretación cognitiva de la motivación. Para valorar debidamente cómo una reorganización conceptual del campo de la motivación afecta, de rechazo, al de personalidad, hay que recordar que, aun antes de los análisis dimensionales de rasgos y ya influyendo en ellos, las primeras teorías de la personalidad, las que han servido de arquetipo a las demás, al menos acotando y fijando el ámbito de su jurisdicción, han sido teorías dinámicas, sea el psicoanálisis, sean otras psicologías, como la de Murray (1938, 1959), centrada en el concepto de necesidad, netamente motivacional y psicodinámico. Freud, Murray y otros autores de orientación psicodinámica han resultado ser interlocutores poco menos que obligados —aunque sólo fuera para refutarlos o para separarse de ellos— de toda investigación y teoría posterior en personalidad. En algunos manuales de psicología general (cf. Wolman, 1973, vol. 4; Mischel y Mischel, 1977) están adyacentes los temas de motivación y de personalidad, por los indudables y estrechos nexos que los unen. En una palabra, cualquier recambio conceptual en un campo necesariamente, prontamente, va a extenderse al otro, va a modificarlo con no menor profundidad.

No es nuevo señalar contenidos cognitivos en la motivación (cf. más arriba

1.3). Sí lo es, en cambio, reconocer no ya sólo en la emoción, al fin y al cabo consciente y vivenciada, sino también en la motivación, en la energía activadora o movilizadora del agente, en todo proceso motivacional, una estructura o textura de naturaleza cognoscitiva, como aparece en los testimonios por aducir ahora.

En su propuesta de un enfoque cognitivo de la personalidad, Forgas y Shulman (1979) arrancan, por otra parte, de una concepción motivacional clásica, precisamente de la Murray. Definen a la personalidad como un sistema de necesidades básicas a las que corresponden sendos motivos aprendidos, sistema que ven articulado en el cuádruple ámbito de: 1) necesidad de alimento y contacto, y motivo de apego; 2) necesidad de incolumidad y motivo de seguridad; 3) necesidad de control y motivo de competencia; 4) necesidad de variación sensorial y motivo cognitivo. El decisivo giro que imprimen a este análisis, en principio psicodinámico, consiste en postular que son procesos perceptivos los que rigen a los motivacionales. Mientras las teorías funcionales de la percepción de los años cincuenta introdujeron la hipótesis de que necesidades y motivos del sujeto organizan la dirección de sus percepciones, Forgas y Shulman emiten justo la hipótesis inversa: que la percepción dirige la busca de información, la cual, a su vez, compromete a los motivos; que la percepción, además, organiza los motivos de una jerarquía y que la diferenciación, en fin, del sistema perceptual afecta al desarrollo y diferenciación de los cuatro sistemas motivacionales. Enfoque cognitivo de la personalidad es aquí, en sentido estricto, análisis de las estructuras perceptuales de la motivación, bien entendido que, para estos autores, la percepción es algo más que el inicio, es el fundamento de toda actividad cognitiva, y que personalidad es tanto como sistema de necesidades y motivos.

Con antecedentes, no en teorías psicodinámicas, sino en la idea de Miller (1959) de considerar como «impulso» a «todo estímulo fuerte», Dember (1974) ha intentado a avanzar por la vía de una interpretación cognitiva, informacional, de la motivación. En ella, la información sensorial contiene significado motivacional; y, por otra parte, a la ideación, a la representación se le atribuye un potencial motivador. Es una interpretación expresamente presentada como resultante del impacto con que la «revolución cognitiva» afecta a los fenómenos de motivación. El desplazamiento conceptual en ella más notable consiste en que la motivación pasa de un orden supuestamente sólo dinámico, energético, a un orden estimular-sensorial, informacional y cognitivo.

Que la motivación comporta estructuras y procesos a la vez dinámicos y cognitivos constituye también la tesis de Nuttin (1976, 1980). Para este autor, el refuerzo mismo posee un valor y significado cognitivo. A la función emocional, motivadora y dinámica del refuerzo, añade el análisis de Nuttin el señalamiento de una función informativa, que sobresale y se hace prevaeciente en situaciones de «tarea abierta», situaciones que el agente percibe como integrantes de una secuencia de otras tareas que se presentarán en el futuro.

Las teorías de la motivación, en suma, han pasado «del mecanismo a la cognición», como recapitula Weiner (1972) en una importante revisión de las mismas; han pasado de considerar la motivación como un juego —más o menos mecánico— de fuerzas a verla como un fenómeno en el que están decisivamente implicados procesos cognitivos. De seguro es erróneo pensar que la teorías psicodinámicas clásicas imaginaran los impulsos, necesidades o pulsiones como simple energía bruta, como puro mecanismo del todo ajeno a categorías de cognición y de sentido. Respecto a Freud, desde luego, y

pese a que su doctrina alguna vez haya sido objeto de tan equívoca lectura, precisamente su originalidad consiste, como bien ha comentado Ricoeur (1965), en fundir pulsión y representación, energética y hermenéutica, categorías dinámicas y categorías de sentido, de significación. Ello no quita, de todos modos, a que, aún con respecto a ese psicoanálisis tan hermenéutico como dinámico, la concepción cognitiva de los impulsos, pulsiones, necesidades y motivos, de hecho implica un corrimiento hacia procesos justamente conscientes, de selección, extracción y elaboración de información, en lo que Freud, por supuesto, no pensaba. En consecuencia, si el psicoanálisis u otras psicologías dinámicas han constituido, durante mucho tiempo, los obligados puntos de referencia de toda psicología de la personalidad, los que definían las cuestiones, la problemática propia de este campo, tras la «revolución cognitiva», no menos importantes y forzosas referencias pueden ser, por ejemplo, la psicología de Piaget o la del procesamiento de la información. Al menos la confrontación y la compenetración con esta última merece expreso comentario.

### 2.3. **Personalidad y procesamiento de la información**

La psicología del procesamiento de la información puede verse como un modelo, entre otros, dentro de la psicología cognitiva (algunos llegan a considerarla un paradigma: cf. Lachman, Lachman y Butterfield, 1979; Zaccagnini y Declaux, 1982), no el único modelo, pero sí, desde luego, el que en los últimos años, gracias a su refinada metodología, más brillantes hallazgos ha deparado y ha llegado a hacerse dominante en la bibliografía básica sobre procesos cognitivos (cf. Lindsay y Norman, 1972; Anderson, 1975; Solso, 1975; Sternberg, 1977; Estes, 1978; Simon, 1979). Se plantea, obviamente, la cuestión

de qué le sucede a la psicología de la personalidad en un momento de predominio de modelos de procesamiento de información en el análisis de la actividad cognitiva y de toda conducta.

La cuestión puede formularse en dos órdenes distintos, que se corresponden con sendas acepciones de «personalidad». Cabe, primero, hablar de personalidad para referir a los subsistemas de estructuras y de procesos que en el pasado ha cubierto dicho término, como son el subsistema de los mecanismos de defensa y de las estrategias adaptativas en general, el del concepto de sí mismo y de las conductas autorreferidas o el de las estabildades personales y las diferencias entre individuos. El área de personalidad abarca entonces muchas cosas, muchos fenómenos conductuales, pero no lo abarca todo, no se confunde con el ámbito de la psicología en general. Podemos, en cambio, en otra acepción, entender por personalidad sencillamente el agente de la conducta, el sujeto de los procesos psicológicos, cognitivos u otros. En ese caso, se ensancha sobremanera el ámbito de la psicología de la personalidad, que rompe entonces diques de las acotaciones fijadas en el pasado y se convierte en una psicología general del sujeto, del agente.

En cuanto a la primera acepción, no son abundantes, pero existen algunos estudios empíricos y tentativas teóricas de analizar los citados subsistemas en unidades, estructuras y flujos de procesamiento de información. Así, en particular, han sido desarrollados modelos e investigaciones sobre el sí mismo, sobre el autoconcepto, como elemento integrante del sistema humano de procesamiento de información (Rogers, Kuiper y Kirker, 1977; Kuiper y Rogers, 1979; Rogers, 1981, y Bowers y Gilligan, 1979); análisis de la ansiedad (Hamilton, 1975), y de la motivación (Taylor, 1960) en términos de dicho procesamiento; hipótesis que conjuntamente interpretan el estrés y la inte-

racción situación/personalidad mediante categorías procesuales informacionales (Hamilton, 1979). También ha habido acercamientos desde esta perspectiva a fenómenos descritos por la psicopatología (cfr. Ibáñez, 1982).

Apenas hace falta expresar, sin embargo, que el cambio drástico, bajo el imperio de modelos cognitivos, le viene a la psicología de la personalidad cuando ésta se entiende en la otra acepción, equivaliendo a psicología del agente, del sujeto de los procesos conductuales, psicológicos. La personalidad entonces quedará definida de modo bastante diferente al convencional; aparecerá, por ejemplo, como una «coalición de solución de problemas» (Reitman, 1963), o mejor, como el sujeto solucionador de problemas y realizador de un conjunto de actividades cognitivas. En general, y de acuerdo con el nuevo modelo, la personalidad dejará de definirse principalmente por la vulnerabilidad, por la capacidad de sentirse afectado, por la reactividad y la adaptación, y pasará a ser, no menos, el sujeto procesador de información, y manipulador de símbolos. La ciencia que se ocupe de dicho sujeto no podrá ser sino una psicología general de estructuras y de procesos básicos que, de todas maneras, y si no limitamos al sujeto a actividades sólo informacionales, habrá de desbordar por los cuatro costados los límites tanto de la psicología del procesamiento de información, cuanto de lo que hasta hoy se ha entendido por psicología de la personalidad. A ésta le sucedería entonces una psicología general del sujeto, del agente, según sugerencia hecha en otro lugar (Fierro, 1983), comenzando con ello a colmarse cierto vacío persistente en la psicología general, casi exclusivamente ocupada hasta hoy en la conducta, y apenas en el sujeto que se conduce o en el medio estimular donde se conduce.

Sea desde hipótesis de determinismo recíproco entre los tres elementos en

juego (Bandura, 1978), sea sencillamente desde un análisis de la estructura de la conducta (Yela, 1974), aparece claro que no hay conducta sin estímulo, sin situación, y tampoco la hay sin agente, sin sujeto que se comporta. Extrañamente, la psicología E-R descuidó el estudio de los estímulos, de las situaciones, y sólo recientemente ha ido cuajando una psicología de las situaciones y una psicología ecológica (Sells, 1963, 1973; Frederiksen, 1972; Bronfenbrenner, 1977, 1979; Wicker, 1979, y Magnusson, 1981). De manera parecida, aunque desde luego no pueda considerarse tan rudimentaria, necesita, asimismo, salir del subdesarrollo una psicología del sujeto psicológico, del organismo activo que se conduce, la cual, en parte, recogerá cuestiones de psicología de la personalidad, pero trascendiéndolas en mucho. Esta tríada determinaría una triple polarización de la psicología general: alrededor de la actividad conductual propiamente dicha, alrededor del medio estimular, de la situación, alrededor del sujeto agente. En cada uno de esos polos, por supuesto, sea la orientación genéricamente cognitiva, sea el modelo específico de procesamiento de información, están llamados a contribuciones sustanciosas en estrategias de investigación, unidades de análisis y sistematizaciones teóricas.

#### 2.4. Simulación de personalidad en computadora

La simulación en computadora no es esencial a los modelos de procesamiento de información, pero ha ido aparejada a ellos, desde el comienzo, como su complemento natural, brazo suyo tecnológico y de estrategia experimental. Si, de acuerdo y en paralelo con la diferencia que, tocante a procesos cognitivos, existe entre «inteligencia artificial» y «simulación del pensamiento humano», estableciéramos una distinción análoga en cuanto a

personalidad, debería de inmediato advertirse que, mientras no ha sido generado o construido algún sistema o programa que merezca el nombre de «personalidad artificial», y aunque los resultados no sean tan brillantes ni la simulación tan completa como en el ámbito de la inteligencia (cfr. Boden, 1977; Lehman, 1977; Jáñez, 1981, y Vega, 1982), la simulación de procesos de personalidad cuenta ya con un par de decenios cumplidos de historia, de cuyos primeros pasos ha quedado constancia en una recopilación de Tomkins y Messick (1963). Dos investigadores han sobresalido en esta empresa: Colby, en la simulación de procesos neuróticos y de paranoia, y Loehlin, en la de procesos de ajuste de la personalidad normal.

Inicialmente, Colby (1963, 1965) trató de simular en un programa de computadora ciertos procesos neuróticos de acuerdo con un análisis freudiano. El «programa neurótico» de Colby, progresivamente sometido a sucesivos perfeccionamientos, opera con algo más de un centenar de creencias de la supuesta mujer neurótica, cuyas reacciones aspira a simular, con cinco estados de ánimo de la misma, y con ocho alternativas de transformación que presumen corresponderse con sendos mecanismos de defensa. La salida del programa fue al principio un análogo de la libre asociación y luego pasó a ser un análogo de las respuestas de la paciente en diálogo con el terapeuta. Otro programa del mismo investigador (Colby, 1975), bautizado con el nombre de Parry, pretende simular las respuestas de un sujeto paranoico en la entrevista terapéutica.

El programa Aldous, de Loehlin (1962, 1963, 1965, 1968), puede ser dotado con variados rasgos o estructuras de personalidad: funciona bajo diferentes «estados de ánimo» (conservador o impulsivo, resuelto o flemático), con distintas estrategias de memoria, y con diverso grado de influencia de la pasada «experiencia». En

este programa de computadora se ha hecho, además, simulación de dos tipos de «mundo» a los que Aldous ha responder, uno benigno y otro hostil; y se han observado tanto su «desarrollo» dentro de uno y otro mundo, cuanto su «ajuste» o reajuste al pasar del uno al otro. Se han simulado, en fin, con Aldous programas de psicoterapia de acuerdo con diversos métodos terapéuticos.

Hay otros programas —no muchos— de computadora que tratan de simular procesos de personalidad o conexos con ella, en su acepción tradicional, tal como el de Abelson (1963) que simula el conocimiento «cálido», la cognición afectada por intereses motivacionales y connotaciones emotivas, según ocurre en las ideologías y en las creencias. El censo de tales programas, naturalmente, se amplía de modo considerable sí, de acuerdo con indicaciones hechas al final de 2.3., «personalidad» se hace equivaler a sujeto, a agente, a mente humana. Entonces, automáticamente, toda simulación en psicología deviene simulación de personalidad.

No es posible justipreciar en pocas líneas la aportación de estos modelos de computadora a la psicología de la personalidad. Posiblemente su más clara contribución es de tres órdenes: semántica y conceptual, en la medida en que la elaboración de un programa computacional constriñe a una clarificación y especificación de los procesos, de los mecanismos hipotetizados; teórica, en tanto que tales programas constituyen verdaderas teorías en acto, o, al menos, modelos concretos objetivos donde la teoría se materializa; metodológica, en el sentido de que la simulación pasa a constituir una modalidad de experimentación. Conviene notar, por otra parte, que la simulación de procesos de personalidad en computadora ha permanecido bastante limitada. Ciertos autores (Boden, 1977; Wilks, 1978) interpretan incluso algunos de los programas antes mencionados como simulación

de comportamiento lingüístico, más que de personalidad. Y, desde luego, toda esta línea de investigación apenas ha sido incorporada a la corriente principal de la psicología de la personalidad, cuyos tratados, con alguna excepción digna de elogio (Wiggins y otros, 1971), no han llegado a hacerle el hueco que seguramente se merece.

### 3. LOS LIMITES DEL COGNITIVISMO

La creciente hegemonía de teorías y modelos cognitivos en la psicología de hoy puede muy bien incitar a aseveraciones beligerantes del género de que «toda la psicología actual ha de ser cognitiva» (Zaccagnini y Delclaux, 1982, p. 49). Sea; no discutamos esta aseveración; suscribámosla incluso con muchísimo gusto. Limitémonos a analizar si toda la psicología, o la psicología de la personalidad, cierta y obligadamente cognoscitiva, ha de ser y puede ser únicamente cognoscitiva. O, para decirlo de otro modo, sometamos a consideración, a discusión, si un entendimiento puramente cognoscitivo resulta suficiente para dar cuenta de los fenómenos y procesos conductuales en general, o, en particular, de los que están comprendidos en el sistema o sistemas de la personalidad. La conclusión, muy decidida, va a ser negativa. Hay varios y buenos fundamentos para negar que una concepción cognitiva, ella sola, por sí sola, sea capaz de dar razón de personalidad y/o de la conducta.

Hace ya una veintena de años, uno de los pioneros de la psicología cognitiva, Neisser (1963) denunció que las teorías cognitivas y del procesamiento de la información no especificaban con el debido detalle cómo las cogniciones interactúan en el ser humano con sus motivos, sentimientos y emociones. Poco tiempo después, intentó Simon (1967) describir al-

gunos de los pertinentes mecanismos, mostrando, por una parte, los controles emotivos y motivacionales de la cognición, y, por otra, las categorías procesuales informacionales en las que motivos y emociones pueden ser comprendidos. Pero el desafío de Neisser sigue en pie, sustancialmente pendiente. Los factores motivacionales y afectivos continúan ahí irreductibles, no reducidos a procesos cognitivos, marcando en eso, aparte otras diferencias, la desemejanza incurable entre el pensamiento humano y el procesamiento de información en máquinas manipuladoras de símbolos, en computadoras. El filósofo Popper lo ha expresado de manera rotunda a propósito de la tan festejada analogía entre la computadora y el cerebro: «Las computadoras son totalmente distintas de los cerebros, cuya función no es primariamente la de computar, sino la de guiar y equilibrar un organismo, ayudándole a mantenerse vivos» (Popper y Eccles, 1977, trad. cast., p. 233).

Una segunda consideración oportuna es la de que la actual hegemonía de un enfoque cognitivo no equivale, en absoluto, a un monopolio de la psicología por su parte y, más bien, en importante medida, refleja y corresponde a un planteamiento de mucho mayor alcance, que obedece al descubrimiento de la necesidad de articular e integrar de nuevo entre sí procesos conductuales que en la investigación y la teoría habían quedado dispersos, inconexos. En este planteo, ni se han alcanzado, ni siquiera se han intentado teorías de la conducta tan globales como las de la época que Koch (1959) calificó como «la edad de la teoría». Lo que en la psicología de hoy sigue dominando son las teorías regionales, de banda estrecha, de limitado rango de pertinencia, relativas a bien determinadas áreas de fenómenos. Pero entre éstas, a menudo, la investigación y la teoría ponen de manifiesto nexos de relación y promueven su reunificación.

El auge de la psicología cognitiva no significa la absorción en ella de los restantes campos de la psicología, sino más bien responde a la tentativa sistemática de articular con la cognición todos los fenómenos conductuales o psicológicos. Que la cognición y el procesamiento de información aparezcan en todos ellos no excluye, en absoluto, que también aparezca la motivación o la personalidad. Es el oportuno momento de resaltar que algunas de las interpretaciones cognitivas de la motivación antes citada (Nuttin, 1976; Forgas y Shulman, 1979) son, muy expresamente, dinámico-cognitivas: traen la motivación a un análisis de sus elementos cognitivos, tanto como a la inversa. Recientes teorías del aprendizaje y de la conducta adaptativa, como la de Bindra (1974, 1976, 1978), se presentan no menos taxativamente como alternativas cognitivo —o percepto— motivacionales; y no tan recientes análisis del procesamiento de información han puesto de manifiesto hasta qué punto al procesamiento humano le es inherente la motivación (Hunt, 1963).

En cuanto al fondo del asunto, a los insanables límites de una psicología cognitiva, éstos brillan precisamente cuando consideramos el otro paradigma, el conductista, frente al cual se ha proclamado aquella como alternativa (Bolles, 1975, y Caparrós, 1978). No hace falta ponderar cuánto se ha ganado con la revolución paradigmática del conductismo al cognitivismo. Pero tampoco puede ignorarse el precio; no se puede desconocer lo que en una psicología pura y solamente cognitiva, en un puro cognitivismo supuestamente omniexplicativo, se pierde o corre riesgo de perderse: la noción de práctica, de conducta operante, de acción que opera cambios en el medio externo objetivo; la idea de que de ese mismo medio el organismo recibe no sólo información, sino también refuerzo, satisfacción de necesidades de supervivencia y otras, pla-

cer y daño. Se pierden o pueden perderse todas las consideraciones funcionales, de tanto arraigo en biología y en psicología, en sus respectivas explicaciones de la vida y del comportamiento. Se pierde la conducta adaptativa, el conjunto de fenómenos de adaptación conductual. Apurando un tanto la crítica, se pierde la noción misma de conducta. La imagen que del hombre se desprendería de un cognitivismo consecuente e intransigente sería la del sujeto cognoscente, perceptor, solucionador de problemas, procesador de información, pero no la de un sujeto agente, que obra, que se comporta y propiamente hace algo. «La perspectiva cognitivista —comenta Sampson (1981)— ofrece un retrato de la persona como libre de implicarse en actividades mentales internas, de planear, decidir, desear, pensar, organizar..., pero relativamente impotente o en apariencia no afectada respecto a la producción de cambios reales en su mundo objetivo y social.» Se comprende que este mismo autor tache al cognitivismo de ideología y le reproche compartir una imagen del hombre y del mundo propia de la más rancia filosofía idealista.

Son críticas al cognitivismo puro, a la simpleza de una moda cognitivista, y no, por supuesto, a una psicología cognitiva seria y, en su misma seriedad, sabedora de los propios límites. Pero, regresando ahora al tema de la personalidad, ¿cómo poner en duda que la personalidad constituye un sistema cognitivo? Lo único cuestionable es que sea un sistema solamente cognitivo. Hay aspectos en él irreductibles a la cognición, por más que

relacionados con ésta. Aunque el aserto pueda antojarse trivial, no está de más destacar, con Pervin (1978) y con Sherman (1979, p. 1), que el sistema de personalidad indisolublemente consta de elementos conductuales, afectivos y cognitivos; y que una de las cuestiones de mayor actualidad estriba en esclarecer cómo esos tres subsistemas, el de las conductas, los afectos o emociones, y las cogniciones, son interdependientes e interactúan cada uno con los otros dos. Es más, a ese triple género de procesos habría que añadir aún algunos otros no fácilmente reducibles a ellos, como son los motivacionales y los de adaptación y transacción agente/entorno.

El modelo que, en definitiva, se precisa y aquí se preconiza es el de la personalidad como sistema de múltiples estructuras y procesos, donde lo cognitivo representa uno, pero sólo uno, de las órdenes o subsistemas implicados. A la psicología cognitiva le debemos no tanto haber descubierto, cuanto, más bien, haber subrayado que estructuras y procesos cognoscitivos forman parte del sistema de personalidad y se hallan en indisoluble nexo con procesos dinámicos, motivacionales, adaptativos y otros. Pero elevar lo cognitivo a categoría de único sistema, pretender que a él se reducen y en él quedan devorados los demás fenómenos de la psicología, representa cognitivismo barato, que en nada enriquece el conocimiento de la personalidad y en nada beneficia a una psicología cognitiva, cuyos títulos de crédito no descansan en tan burdas simplificaciones.

## Resumen

*Se señalan las raíces y antecedentes históricos para el estudio de los componentes cognitivos del sistema de la personalidad en la triple área de una psicología diferencial de los estilos cognitivos y otras diferencias cognitivas entre personas, de la psicología del concepto de sí mismo, y de las interpretaciones cognitivas de procesos adaptativos y dinámicos. A continuación, se exponen los nuevos temas que, integrados a los anteriores, pueden configurar hoy una psicología cognitiva de la personalidad. Pero, sobre la base de la multiplicidad de fenómenos y estructuras comprendidas*

en el sistema de la personalidad, se rechaza la pretensión de que categorías puramente cognitivas puedan, por sí solas, dar razón de dicho sistema.

## Summary

Antecedents of a cognitive psychology of personality are examined in these three areas: in the study of cognitive styles and other individual differences, in the psychology of self-concept, and in the cognitive interpretations of adaptive and dynamic processes. Then, some new topics brought about by the «cognitive revolution» in psychology are exhibited: the cognitive social learning theory of personality and of self-processes; the cognitive interpretation of motivational concepts; the information processing models; and the computer simulation of personality. However, a purely cognitive theory of personality is rejected on the basis of multiplicity of structures and subsets of phenomena in the system of personality.

## Résumé

Une psychologie de la personnalité trouve ses racines dans le passé: dans l'étude des styles cognitifs et d'autres différences cognitives individuelles, dans la psychologie du «self», et dans une interprétation cognitive de quelques procédés dynamiques. Avec la «révolution cognitive», d'autres thèmes nouveaux enrichissent une psychologie cognitive de la personnalité: la théorie cognitive de l'apprentissage social, l'interprétation cognitive générale de la motivation, les modèles informatiques et de simulation avec l'ordinateur. Cependant, une théorie purement cognitive de la personnalité semble insuffisante face à la multiplicité structurale et de phénomènes du système de la personnalité.

## Referencias

- ABELSON, R. P.: «Computer simulation of "hot" cognition». En S. S. Tomkins y S. Massick (eds.), *Computer simulation of personality*, Wiley, Nueva York, 1963.
- ANDERSON, B. F.: *Cognitive Psychology*, Academic Press, Nueva York, 1975.
- ASCH, S. E.: «Forming impressions of personality». *Journal of abnormal and social Psychology*, 1946, 41, 258-290.
- ASCH, S. E., y WITKIN, H. A.: «Studies in space orientation». *Journal of experimental Psychology*, 1948, 38, 325-337 y 455-477.
- BANDURA, A.: *Principles of behavior modification*, Holt, Rinehart y Winston, New York, 1969.
- BANDURA, A.: *Social learning theory*, General Learning Press, New York, 1971.
- BANDURA, A.: «Self-efficiency: toward a unifying theory of behavioral change». *Psychological Review*, 1977, 84, 191-215.
- BANDURA, A.: «The self system in reciprocal determinism». *American Psychologist*, 1978, 344-358. (Trad. cast. A. Fierro, *Lecturas de Psicología de la personalidad*, Alianza, Madrid, 1981).
- BANDURA, A.: «The self and mechanisms of agency». En J. Suls (ed.), *Social psychological perspectives on the self*, Hillsdale, N. J., y L. Erlbaum, 1980.
- BEM, D. J.: «Self-perception theory». En L. Berkowitz (ed.), *Advances in experimental social psychology*, vol. 6, 1-62, Academic, New York, 1972.
- BEM, D. J.: «Self-perception: An alternative interpretation of cognitive dissonance phenomenon». *Psychological Review*, 1967, 183-200.
- BERLYNE, D. E.: «Novelty and curiosity as determinants of exploratory behavior». *British Journal of Psychology*, 1950, 41, 68-80.
- BERLYNE, D. E.: «An experimental study of human curiosity». *British Journal of Psychology*, 1954, 45, 256-265.
- BERLYNE, D. E.: *Conflict, arousal and curiosity*, McGraw-Hill, New York, 1960.
- BERLYNE, D. E.: «Curiosity and exploration». *Science*, 1966, 25-33.
- BIERI, J.: «Cognitive complexity-simplicity and predictive behavior». *Journal of abnormal and social Psychology*, 1955, 51, 263-268.
- BIERI, J.: «Complexity-simplicity as a personality variable in cognitive and preferential behavior». En D. W. Fiske y S. R. Maddi (eds.), *Functions of varied experience*, Homewood, III, Dorsey, 1961.
- BIERI, J., y otros: *Clinical and social judgment*, Wiley, New York, 1966.
- BINDRA, D. A.: «A motivational view of learning, performance and behavior modification». *Psychological Review*, 1974, 81, 199-213.
- BINDRA, D. A.: *A theory of intelligent behavior*, Wiley, New York, 1976.

- BRINDA, D. A.: «How adaptive behavior is produced: a perceptual-motivational alternative to response-reinforcement». *The behavioral and brain sciences*, 1978, 1, 41-52. (Trad. cast. en A. Pérez y J. Almaraz, *Lecturas de aprendizaje y enseñanza* (eds.), Zero, Madrid, 1981.
- BODEN, M. A.: «Artificial intelligence and natural man». Sussex: Harvester Press, 1977.
- BOLLES, R. C.: «Learning, motivation and cognition». En Estes, W. K. (ed.), *Handbook of learning and cognitive processes*, vol. I, *Introduction to concepts and issues*, Hillsdale, N. J., y L. Erlbaum, 1975.
- BOURNE (JF), L. E.; EKSTRAND, B. R., y DOMINOWSKI, R. L.: «The psychology of thinking». *Englewood Cliffs*, Prentice-Hall, 1971. (*Psicología del pensamiento*, Trillas México, 1975.)
- BOWER, G. H., y GILLIGAN, S. C.: «Remembering information relating to one self». *Journal of research in personality*, 1979, 13, 420-432.
- BRONFENBRENNER, U.: «Toward an experimental ecology of human development». *American Psychologist*, 1977, 32, 513-531.
- BRONFENBRENNER, U.: *The ecology of human development*, Mass: Harvard University Press, Cambridge, 1979.
- CANTOR, N.: «Perceptions of situations: Situation prototypes and person/situation prototypes». En D. Magnusson (ed.), *Toward a Psychology of situations. An interactional perspective*, Hillsdale, N. J., y Erlbaum, 1981.
- CANTOR, N., y KIHILSTROM (eds.): *Personality, cognition and social interaction*, Hillsdale, N. J., y L. Erlbaum, 1981.
- CANTOR, N., y MISCHEL, W.: «Traits as prototypes: Effects on recognition memory». *Journal of Personality and Social Psychology*, 1977, 35, 38-48.
- CANTOR, N., y MISCHEL, W.: «Prototypes in person perception». En L. Berkowitz (ed.), *Advances in experimental social Psychology*, vol. 12, Academic Press, New York, 1979.
- CAPARRÓS, A.: «La psicología, ciencia multiparadigmática». *Anuario de Psicología*, 1978, 19 (2), 79-110.
- CATTELL, R. E. S.: *The description and measurement of personality*, World Book, Nueva York, 1946.
- CATTELL, R. B.: «Personality theory growing from multivariate quantitative research». En S. Koch (ed.), *Psychology: A study of a science*, vol. III, McGraw Hill, Nueva York, 1959.
- COLBY, K. M.: «Computer simulation of a neurotic process». En S. Tomkins y S. Messick (eds.), *Computer simulation of personality*, Wiley, Nueva York, 1963.
- CATTELL, R. B.: *The scientific analysis of personality*, Middlessex: Penguin Books Ltd., Harmondsworth, 1965. (*El análisis científico de la personalidad*, Fontella, Barcelona, 1972.)
- COLBY, K. M.: «Computer simulation of neurotic processes». En R. W. Stacy y B. D. Waxman (eds.), *Computers in biomedical research*, Academic Press, Nueva York, 1965.
- COLBY, K. M.: *Artificial paranoia: A computer simulation of paranoid processes*, Pergamon, New York, 1975.
- COOPERSMITH, S.: «A method for determining types of self-esteem». *Journal of abnormal and social Psychology*, 1959, 59, 87-94.
- COOPERSMITH, S.: *The antecedents of self-esteem*, Freeman, San Francisco, 1967.
- CROWNE, D. P.: *The experimental study of personality*, N. J. y L. Erlbaum, Hillsdale, 1979.
- CROWNE, D. P., y STEPHENS, M. W.: «Self-acceptance and self-evaluative behavior: a critique of methodology». *Psychological Bulletin*, 1961, 58, 104-121.
- DELVAL, J.: «Piaget y la psicología cognitiva». *Boletín informativo de la Fundación Juan March*, 1978, 72, 3-16.
- DEMBER, W. N.: «Motivation and the cognitive revolutions». *American Psychologist*, 1974, 161-168.
- DEMBER, W. N., y EARL, R. W.: «Analysis of exploratory, manipulatory and curiosity behaviors». *Psychological Review*, 1957, 64, 91-96.
- DUVAL, S., y WICKLUND, R. A.: *A theory of objective self awareness*, Academic Press, New York, 1972.
- DUVAL, S., y WICKLUND, R. A.: «Effects of objective self awareness on attribution of causality». *Journal of experimental social Psychology*, 1973, 9, 17-31.
- EPSTEIN, S.: «The self-concept revisited». *American Psychologist*, 1973, 403-416. (Trad. cast. A. Fierro, *Lecturas de Psicología de la personalidad*, Alianza, Madrid, 1981.)
- ESTES, W. K. (ed.): *Handbook of learning and cognitive processes*, vol. 5: *Human information processing*, N. J., y L. Erlbaum, Hillsdale, 1978.
- EYSENCK, H. J. (ed.): «The measurement of intelligence». *St. Leonard's Gate: Medical and Technical Publishing*, 1973.
- EYSENCK, H. J.: «The measurement of personality». Lancaster: *Medical and Technical Publishers*, 1976.
- FESTINGER, L.: «A theory of cognitive dissonance». Stanford: *Stanford University Press*, 1957. (*Teoría de la disonancia cognoscitiva*, Insitutos de Estudios Políticos, Madrid, 1975.)
- FIERRO, A.: *Personalidad, sistema de conductas*, Trillas, México, 1983.
- FORGUS, R., y SHULMAN, B.: *Personality: a cognitive view*, Englewood Cliffs, N. J.: Prentice-Hall, 1979.
- FREDERIKSEN, N.: «Toward a taxonomy of situations». *American Psychologist*, 1972, 27, 114-123.
- GARDNER, R. W.: «Cognitive styles in categorizing behavior». *Journal of Personality*, 1953, 22, 214-233.
- GARDNER, R. W.: «Cognitive controls and perceptual behavior». *Bulletin of the Menninger Clinic*, 1959, 23, 241-248.
- GARDNER, R. W.; HOLZMAN, P. S.; KLEIN, G. S.; LINTON, H. B., y SPENCE, D. P.: «Cognitive control: a study of individual consistencies in cognitive behavior». *Psychological Issues*, 1959, 1 (4).
- GARDNER, R. W.; JACKSON, D. N., y MESSICK, S. J.: «Personality organization in cognitivities controls and intellectual ability». *Psychological Issues*, 1960, 2 (4), mon. 8.
- GARDNER, R. W., y LONG, R. I.: «Leveling-sharpening and serial learning». *Perceptual and motor skills*, 1960, 10, 179-185.

- GARDNER, R. W., y LONG, R. I.: «Cognitive controls of attention and inhibition: A study of individual consistencies». *British Journal of Psychology*, 1962, 53, 381-388.
- GARDNER, R. W., y SCHOEN, R. A.: «Differentiation and abstraction in concept formation». *Psychological Monographs*, 1962, 76, núm. 560.
- GEIWLITZ, J.: *Non-Freudian personality theories*, Belmont, Wadsworth Publishing Company, California, 1969. (*Teorías no freudianas de la personalidad*, Marova, Madrid, 1977.)
- GREENWALD, A. G.: «The totalitarian Ego». Fabrication and revision of personal history. *American Psychologist*, 1980, 603-618.
- HAMILTON, V.: «Socialization anxiety and information processing: a capacity model of anxiety-induced performance deficits». En I. G. Sarazon y C. D. Spielberger (eds.), *Stress and anxiety*, vol. 2, Wiley, Washington, 1975.
- HAMILTON, V.: «"Personality" and stress». En V. Hamilton y D. M. Warburton (eds.), *Human stress and cognition*, Wiley, New York, 1979.
- HAMILTON, V., y WARBURTON, D. M. (eds.): *Human stress and cognition*, Wiley, New York, 1979.
- HARVEY, O. J. (ed.): *Cognitive factors in motivation and social organization*, Ronald Press, New York, 1963.
- HOLZMAN, P. S.: «The relationship of assimilation tendencies in visual, auditory and kinesthetic time-error to cognitive attitudes of leveling and sharpening». *Journal of Personality*, 1954, 22, 375-394.
- HOLZMAN, P. S., y GARDNER, R. W.: «Leveling-sharpening and memory organization». *Journal of abnormal and social Psychology*, 1960, 61, 176-180.
- HUNT, J. MCV.: «Motivation inherent in information processing and action». En Harvey, O. J. (ed.), *Cognitive factors in motivation and social organization*, Ronald Press, New York, 1963.
- IBÁÑEZ, E.: «La psicopatología del procesamiento de información». En Delclaux, I., y Seoane, J. (eds.), *Psicología cognitiva y procesamiento de la información*, Pirámide, Madrid, 1982.
- JÁNEZ, L. (ed.): *Simulación en psicología*, Departamento Psicología Matemática, Complutense de Madrid, 1981.
- JONES, E. E., y NISBETT, R. E.: *The actor and observer: Divergent perceptions of the causes of behavior*, General Learning Press, New York, 1971.
- KAGAN, J.: «Reflection-impulsivity: the generality and dynamics of conceptual tempo», *Journal of abnormal Psychology*, 1966, 71, 17-24.
- KAGAN, J.: «Developmental studies in reflection and analysis». En Kidd, A. H., y Rivoire, J. L. (eds.), *Perceptual development in children*, Univ. London Press, Londres, 1966.
- KAGAN, J., y MOSS, H. A.: *Birth to maturity*, Wiley, New York, 1962.
- KAGAN, J.; MOSS, H. A., y SIGEL, I. E.: «Psychological significance of styles of conceptualization». *Monogr. Soc. Res. Child Devel.*, 1963, 28, núm. 86.
- KAGAN, J.; ROSMAN, B. L.; DAY, D.; ALBERT, J., y PHILLIPS, W.: «Information processing in the child: significance of analytic and reflective attitudes». *Psychological Monographs*, 1964, 1.
- KAPLAN, M. F., y SINGER, E.: «Dogmatism and sensory alienation: an empirical investigation». *Journal of consulting Psychology*, 1963, 27, 486-491.
- KELLY, G. A.: *The psychology of personal constructs*, Norton, New York, 1955.
- KELLY, G. A.: *A theory of personality*, Norton, New York, 1963. (*Teoría de la personalidad*, Troquel, Buenos Aires, 1966.)
- KLEIN, G. S.: «The personal world through perception». En Blake, R. R., y Ramsey, G. V. (eds.), *Perception: an approach to personality*, Ronald Press, New York, 1951.
- KLEIN, G. S.: «Cognitive control and motivation». En Lindzey, G. (ed.), *Assessment of human motives*, Rinehart, New York, 1958.
- KLEIN, G. S.; GARDNER, R. W., y SCHLESINGER, H. J.: «Tolerance for unrealistic experiences: A study of the generality of cognitive control». *British Journal of Psychology*, 1962, 53, 41-55.
- KLEIN, G. S., y SCHLESINGER, H. J.: «Where is the perceiver in perceptual theory) *Journal of Personality*, 1949, 32-47.
- KLEIN, G. S., y SCHLESINGER, H. J.: «Perceptual attitudes toward instability: Prediction of apparent movement experiences from Rorschach responses». *Journal of Personality*, 1951, 19, 289-302.
- KOCH, S.: «Epilogue». En Koch, S. (ed.), *Psychology. A study of a science*, vol. 3, McGraw-Hill, New York, 1959.
- KUIPER, N. A., y ROGERS, T. B.: «The encoding of personal information: Self-other differences». *Journal of personality and social Psychology*, 1979, 37, 449-514.
- LACHMAN, R.; LACHMAN, J. L., y BUTTERFIELD, E. C.: *Cognitive Psychology and information processing*, Hillsdale, N. J., y L. Erlbaum, 1979.
- LEE, D. E., y EHRLICH, H. J.: «Sensory alienation and interpersonal constraints as correlates of cognitive structure». *Psychological Reports*, 1977, 40, 840-842.
- LEHMAN, R. S.: *Computer simulation and modeling*, Hillsdale, Lea, 1977.
- LINDSAY, P. H., y NORMAN, D. A.: *Human information processing*, Academic Press, New York, 1972. (*Procesamiento de información humana*, Tecnos, Madrid, 1976.)
- LOEHLIN, J. C.: «The personality of Aldous». *Discovery*, 1962, 23, 23-26.
- LOEHLIN, J. C.: «A computer program that simulates personality». En S. S. Tomkins y S. Messick (eds.), *Computer simulation of personality*, Wiley, Nueva York, 1963.
- LOEHLIN, J. C.: «"Interpersonal" experiments with a computer model of personality». *Journal of personality and social Psychology*, 1965, 2, 580-584.

- LOEHLIN, J. C.: *Computer models of personality*, Random House, Nueva York, 1968.
- LOWE, C. M.: «The self-concept. Fact or artifact?». *Psychological Bulletin*, 1961, 58, 325-336.
- MAGNUSSON, D. (ed.): *Toward a Psychology of situations. An interactional perspective*, L. Erlbaum, Hillsdale, N. J., 1981.
- MANCUSO, J. C. (ed.): *Readings for a cognitive theory of personality*, Holt, Rinehart y Winston, Nueva York, 1970.
- MADDI, S. R.: *Personality theories. A comparative analysis*, The Dorsey Press, Homewood (Illinois), 1968. (*Teorías de la personalidad. Un análisis comparativo*, El Ateneo, Buenos Aires, 1972.)
- MANDLER, G.: «Emotion». En R. M. Brown, E. Galanter, E. H. Hess y G. Mandler (eds.), *New directions in Psychology*, vol. 1, Holt, Rinehart y Winston, Nueva York, 1962.
- MEHRABIAN, A.: «A questionnaire measure of individual differences in stimulus screening and associated differences in aerousability». *Environmental Psychology and nonverbal behavior*, 1977(a), 1, 89-103.
- MEHRABIAN, A.: «Individual differences in stimulus screening and arousability». *Journal of Personality*, 1977(b), 45, 237-250.
- MEHRABIAN, A.: «Characteristic individual reactions to preferred and unpreferred environments». *Journal of Personality*, 1978, 46, 717-731.
- MILLER, G. A.; GALANTER, E., y PRIBRAM, K. H.: *Plans and structure of behavior*, Holt, Rinehart y Winston, New York, 1960.
- MILLER, N. E.: «Liberalization of basic S-R concepts». En Koch, S., *Psychology: A study of a science*, vol. 2, McGraw-Hill, Nueva York, 1959.
- MISCHEL, W.: «Toward a cognitive social learning reconceptualization of personality». *Psychological Review*, 1973, 252-283.
- MISCHEL, W.: «On the interface of cognition and Personality». *American Psychologist*, 1979, 740-754.
- MISCHEL, W., y MISCHEL, H. N.: *Essentials of Psychology*, Random House, Nueva York, 1977.
- MONTGOMERY, K. C.: «The relation between exploratory behavior and spontaneous alternation in the white rat». *Journal of comp. physiol. Psychology*, 1951, 44, 582-589.
- MONTGOMERY, K. C.: «Exploratory behavior as a function of "similarity" of stimulus situations». *Journal of comp. physiol. Psychology*, 1953, 46, 129-133.
- MONTGOMERY, K. C.: «The role of the exploratory drive in learning». *Journal of comp. physiol. Psychology*, 1954, 47, 60-64.
- MURRAY, H. A.: *Explorations in personality*, Oxford, Nueva York, 1938.
- MURRAY, H. A.: «Preparations for the scaffold of a comprehensive system». En S. Koch (ed.), *Psychology, a study of a science*, vol. III, McGraw-Hill, Nueva York, 1959.
- NEISSER, U.: «The imitation of man by machine». *Science*, 1963, 139, 193-197.
- NISBETT, R. E.; CAPUTO, C.; LEGANT, P., y MERACEK, J.: «Behavior as seen by the actor and as seen by the observer». *Journal of personality and social Psychology*, 1973, 27, 154-164.
- NUTTIN, J. R.: «Motivation and reward in human learning: a cognitive approach». En W. K. Estes (ed.), *Handbook of learning and cognitive processes*, vol. 3; *Approaches to human learning and motivation*, L. Erlbaum, Hillsdale, N. J., 1976.
- NUTTIN, J. R.: *Théorie de la motivation humaine*, P. U. F., París, 1980. (*Teoría de la motivación humana*, Paidós, Barcelona, 1982.)
- PERVIN, L. A.: *Current controversies. Issues in Personality*, John Wiley, Nueva York, 1978.
- PHARES, E. J.: «Differential utilization of information as a function of internal/external control». *Journal of personality*, 1968, 36, 649-662.
- PHARES, E. J.: *Locus of control in personality*, General Learning Press, Morristown, N. J., 1976.
- PHARES, E. J.; RITCHIE, D. E., y DAVIS, W. L.: «Internal-external control and reaction to threat». *Journal of personality and social Psychology*, 1968, 10, 402-405.
- PINILLOS, J. L.: «Los fundamentos cognitivos de la personalidad». *Revista de Psicología general y aplicada*, 1967, 22, 509-519.
- POPPER, K., y FOCLES, J.: *The self and it's brain*, Springer; Merlin, Heidelberg y Nueva York, 1977. (*El yo y su cerebro*. Labor, Barcelona, 1980.)
- REITMAN, W. R.: «Parsonality as a problem-solving coalition». En S. S. Tomkins y S. Messick (eds.), *Computer simulation of personality*, Wiley, Nueva York, 1963.
- RENTZ, R. R., y WHITE, W. F.: «Congruence of the dimensions of the self as object and self as process». *Journal of Psychology*, 1967, 67, 277-285.
- RICOEUR, P.: *De l'interprétation. Essai sur Freud*, Seuil, París, 1965.
- ROGERS, C. R.: *Client-centered therapy*, Houghton Mifflin, Boston, 1951.
- ROGERS, C. R.: «A theory of therapy, personality, and interpersonal relationships, as developed in the client centered framework». En S. Koch (ed.), *Psychology: a study of a science*, vol. 3, McGraw-Hill, Nueva York, 1959.
- ROGERS, C. R.: *On becoming a person*, Houghton Mifflin Co., Boston, 1961. (*El proceso de convertirse en persona*, Paidós, Buenos Aires, 1979.)
- ROGERS, C. R., y DYMOND, R. F. (eds.): *Psychotherapy and personality change*, Univ. Chicago Press, Chicago, 1954.
- ROGERS, T. B.: «A model of self as an aspect of human information processing system». En N. Cantor y J. F. Kihlstrom (eds.), *Personality, cognition and social interaction*, L. Erlbaum, Hillsdale, N. J., 1981.

- ROGERS, T. B.; KUIPER, N. A., y KIRKER, W. S.: «Self-reference and the encoding of personal information». *Journal of personality and social Psychology*, 1977, 35, 677-688.
- ROKEACH, M.: «Generalized mental rigidity as a factor in ethnocentrism». *Journal of abnormal and social Psychology*, 1948, 43, 259-278.
- ROKEACH, M.: «A method for studying individual differences in "anarrow-mindedness"». *Journal of Personality*, 1951, 20, 219-233.
- ROKEACH, M.: «The nature of meaning of dogmatism». *Psychological Review*, 1954, 194-204.
- ROKEACH, M.: *The open and closed mind*. Basic Books, Nueva York, 1960.
- ROKEACH, M., y FRUCHTER, B.: «A factorial study of dogmatism and related concepts». *Journal of abnormal and social Psychology*, 1956, 53, 356-360.
- ROSCH, E.: «Principles of categorization». En E. Rosch y B. B. Lloyd (eds.), *Cognition and categorization*, L. Erlbaum, Hillsdale, N. J., 1978.
- ROSCH, E., y MERVIS, C.: «Family resemblances: Studies in the internal structure of estegories». *Cognitive Psychology*, 1975, 7, 573-605.
- ROSCH, E., y otros: «Basic objects in natural categories». *Cognitive Psychology*, 1976, 8, 382-439.
- ROSENBERG, S., y SEDLAK, A.: «Structural representations of implicit personality theory». En L. Berkowitz (ed.), *Advances in experimental social psychology*, vol. 6, Academic Press, Nueva York, 1972.
- ROSS, L.: «The intuitive psychologist and his shortcomings: Distortions in the attribution process». En L. Berkowitz (ed.), *Advances in experimental social Psychology*, vol. 10.
- ROTTER, J. B.: «Generalized expectancies for internal versus external control of reinforcement». *Psychological Monographs*, 1966, 80 (609), 211.
- ROTTER, J. B.: «Some problems and misconceptions relsted to the construct of internal versus external control of reinforcement». *Journal of consulting and clinical Psychology*, 1975, 43, 56-67.
- ROTTER, J. B., y MULRY, R. C.: «Internal versus external control of reinforcement and decision time». *Journal of personality and social Psychology*, 1965, 2, 598-604.
- ROYCE, J. R.: «The conceptual framework of a multi-factor theory of individuality». En J. R. Royce (ed.), *Multivariate analysis and psychological theory*, Academic Press, Londres, 1973.
- ROYCE, J. R.: «Personality integration: a synthesis of the parts and wholes of individuality theory». *Centre Paper in Progress*, 1978.
- ROYCE, J. R., y POWELL, A.: «Teoría multifactorial-sistemática: exposición sucinta». *Estudios de Psicología*, 1981, 4, 77-127. («An overview of a multi-factor-system theory of personality». *Journal of Personality and social Psychology*, 1981, 41, 818-829, 1019-1030, 1161-1173.)
- SAMPSON, E. E.: «Cognitive Psychology as ideology». *American Psychologist*, 1981, 36, 730-743.
- SCHACHTER, S., y SINGER, J. E.: «Cognitive, social and physiological determinants of emotional state». *Psychological Review*, 1962, 379-399.
- SCHACHTER, S., y WHEELER, L.: «Epinephrine, chlorpromazine, and amusement». *Journal of abnormal and social Psychology*, 1962, 65, 121-128.
- SCHLESINGER, H. J.: «Cognitive attitudes in relation to susceptibility to interference». *Journal of Personality*, 1954, 22, 354-374.
- SCHNEIDER, D. J.: «Implicit personality theory: a review». *Psychological Bulletin*, 1973, 79, 294-309.
- SELLS, S. B.: «Dimensions of stimulus situations which account for behavior variance». En S. B. Sells (ed.), *Stimulus determinants of behavior*, Ronald, Nueva York, 1963.
- SELLS, S. B.: «Prescriptions for a multivariate model in personality and psychological theory: ecological considerations». En J. R. Royce (ed.), *Multivariate analysis and psychological theory*, Academic Press, Londres, 1973.
- SHERMAN, M.: *Personality: inquiry and application*, Pergamon, Nueva York, 1979.
- SIMON, H. A.: «Motivational and emotional controls of cognition». *Psychological Review*, 1967, 29-39.
- SIMON, H. A.: *Models of thought*, Yale Univ. Press, New Haven, 1979.
- SNYDER, M.: «The self-monitoring of expressive behavior». *Journal of personality and social Psychology*, 1974, 30, 526-537.
- SNYDER, M.: «Self-monitoring processes». En L. Berkowitz (ed.), *Advances in experimental social Psychology*, vol. 12, Academic Press, Nueva York, 1979.
- SOILSO, R. L. (ed.): *Information processing and cognition*, LEA, Hillsdale, N. J., 1975.
- STERNBERG, R. J.: *Intelligence, information processing and analogical reasoning*, Wiley, Nueva York, 1977.
- SYMONDS, P. M.: *The ego and the self*, Appleton-Century-Crofts, Nueva York, 1951.
- TAGIURI, R.: «Person perception». En G. Lindzey y E. Aronson (eds.), *The Handbook of Social Psychology*, vol. 3, Addison-Wesley, Reading, Mass., 1969.
- TAGIURI, R., y PETRUILLO, L. (eds.): *Person perception and interpersonal behavior*, Stanford Univ. Press, Stanford, 1958.
- TAYLOR, D. W.: «Toward an information processing theory of motivation». En M. R. Jones (ed.), *Nebraska Symposium on motivation: 1960*, Univ. Nebraska Press, Lincoln, 1960.
- THROOP, W. F., y MACDONALD, A. P.: «Internal-external locus of control: a bibliography». *Psychological Reports*, 1971, 28, 175-190.
- TOLMAN, E. C.: «A psychyological model». En T. Parsons y E. A. Shils (eds.), *Toward a general theory of action*, Harvard University Press, Cambridge, 1967 (1.ª ed., 1951).

- TOLMAN, E. C.: «Principles of purposive behavior». En S. Koch (ed.), *Psychology: A study of a science*, vol. II, McGraw-Hill, New York, 1959.
- TOMKINS, S., y MESSICK, S. (ed.): *Computer simulation of personality*, Wiley, Nueva York, 1963.
- TRIPODI, T., y BIERI, J.: «Cognitive structure as a function of own and provided constructus». *Psychological Reports*, 13, 1963, 26 ss.
- VEGA, M., DE: «La metáfora del ordenador: implicaciones y límites». En I. Delclaux y J. Seoane (eds.), *Psicología cognitiva y procesamiento de la información*, Pirámide, Madrid, 1982.
- WARDELL, D., y ROYCE, J. R.: «Relationships between cognitive and temperament traits and the concept of "style"». *Journal of multivariate experimental personality and clinical Psychology*, 1, 1975, 244-266.
- WEINER, B.: *Theories of motivation: From mechanism to cognition*, Markham, Chicago, 1972.
- WICKER, A. W.: «Ecological Psychology». *American Psychology*, 1979, 755-765.
- WICKLUND, R. A.: «Objective self-awareness». En L. Berkowitz (ed.), *Advances in experimental social Psychology*, vol. 8, Academic Press, Nueva York, 1975.
- WIGGINS, J. S.; RENNER, K. L.; CLORE, G. L., y ROSE, R. J.: *The Psychology of Personality*, Addison-Wesley, Reading, Mass., 1971.
- WILKS, Y.: «Computational models for language processing». En: *Cognitive Psychology*, bloque 5, *Language*, Open University, Milton Keynes, 1978.
- WITKIN, H. A.: «Perception of body position and of position of the visual field». *Psychological Monographs*, 63, 302, 1949.
- WITKIN, H. A.: «The nature and importance of individual differences in perception». *Journal of Personality*, 1949, 145-170.
- WITKIN, H. A.: «Individual differences in ease of perception of embedded figures». *Journal of personality*, 1950, 19, 1-15.
- WITKIN, H. A.: «Further studies of perception of the upright when the direction of the force acting on the body is changed». *Journal of experimental Psychology*, 1952, 43, 9-20.
- WITKIN, H. A.: «The perception of the upright». *Scientific American*, 1959, 200, 2, 50-56.
- WITKIN, H. A., y ASCH, S. E.: «Studies in space orientation». *Journal of experimental Psychology*, 1948, 38, 603-614 y 762-782.
- WITKIN, H. A.; DYK, R. B.; FATERSON, H. F.; GOODENOUGH, D. R., y KARP, S. A.: *Psychological differentiation*, Wiley, Nueva York, 1962.
- WITKIN, H. A., y otros: *Personality through perception*, Westport, Greenwood Press, Conneticut, 1954, 1972.
- WOLMAN, B. B.: *Handbook of general Psychology*, Prentice Hall, Englewood Cliffs, New Jersey, 1973. *Manual de psicología*, Martínez Roca, Barcelona, 1980.
- WOLPE, J.: «Cognition and causation in human behavior and it's therapy». *American Psychologist*, 1978, 437-446. Trad. cast. en A. Fierro: *Lecturas de Psicología de la personalidad*, Alianza, Madrid, 1981.
- WYLIE, R. C.: «A review of methodological considerations and measuring instruments». *The self-concept*, vol. 1, University of Nebraska, Press, Lincoln, 1974.
- WYLIE, R. C.: «Theory and research on selected topics». *The self-concept*, vol. 2, University of Nebraska Press, Lincoln, 1979.
- YELA, M.: *La estructura de la conducta. Estimulo, situación y conciencia*, Real Academia de Ciencias Morales, Madrid, 1974.
- ZACCAGNINI, J. L., y DELCLAUX, I.: «Psicología cognitiva y procesamiento de la información». En: I. Delclaux y J. Seoane (eds.), *Psicología cognitiva y procesamiento de la información*, Pirámide, Madrid, 1982.
- ZAJONC, R. B.: «Cognitives theories of social behavior». En: G. Lindzey y E. Aronson (eds.), *Handbook of social Psychology*, vol. 1, Addison-Wesley, Reading, Mass., 1968.
- ZUCKERMAN, M.; HOPKINS, T. R., y ZOOB, I.: «Development of a sensation-seeking scale». *Journal of consulting Psychology*, 1964, 28, 477-482.
- ZUCKERMAN, M.: «Dimensions of sensation-seeking». *Journal of consulting and clinical Psychology*, 1971, 36, 45-52.
- ZUCKERMAN, M.: «The sensation seeking motive». En B. A. Maher (ed.), *Progress in experimental personality research*, vol. 7, Academic Press, Nueva York, 1974.